

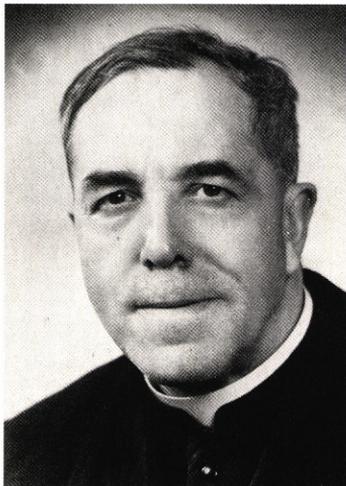
INSPECTORÍA SALESIANA

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

Casa Inspectorial

Plaza Artós, 3

08017 Barcelona



Barcelona, mayo de 1987

El pasado día 31 de enero de 1987, fiesta de San Juan Bosco, la comunidad inspectorial de Barcelona y numerosos hermanos de la Inspectoría hermana de Valencia, reunidos en el Santuario de María Auxiliadora de Sarriá, celebrábamos en la fe la muerte de un hermano muy querido:

Don Tomás Baraut Obiols

Pertenecía a la comunidad de Martí-Codolar/Barcelona, en donde, a sus 84 años, continuaba compartiendo su alegría y su ilusión salesiana con los otros hermanos ancianos y enfermos de la Residencia de Nuestra Señora de la Merced.

El día 24 de enero por la noche se sintió mal y, a pesar de los esfuerzos de los médicos y de todos los que le cuidaban, fue apagándose poco a poco. El 29 de enero moría en brazos de su hermano Cipriano, monje benedictino de Montserrat. Se fue a celebrar la fiesta de Don Bosco en el cielo.

Con su muerte hemos perdido un hermano que ha sido padre, maestro y amigo de muchos salesianos, jóvenes y otros colaboradores. En su persona, en sus recuerdos y, sobre todo, en su plenitud humana y religiosa, se nos ofrecía un fruto maduro de estos cien años de historia salesiana que acabamos de celebrar.

SUS PRIMEROS AÑOS

Don Tomás nació el 19 de diciembre de 1902, en un pueblecito del pirineo leridano, Vilar de Cabó. Fue el segundo de diez hermanos.

Bautizado dos días después, recibió el nombre del santo del día: Tomás. Sus padres, Miguel y Alfonsina, eran profundamente cristianos y supieron crear en la familia un ambiente de amor, de trabajo y de piedad.

En las sencillas memorias que dejó escritas, recuerda esa labor educadora de sus padres: «Mamá Alfonsina, sobre todo, nos iba instruyendo a los cinco hermanos

(aún no habían nacido los más pequeños) con gran solicitud y cariño, tanto en las cosas divinas como humanas. Nos inculcaba las normas de buena educación, nos preparaba en las grandes festividades para recibir debidamente los santos sacramentos, nos hacía dirigir cada día por turno el Rosario en familia... Siempre que faltaba el señor Cura, los domingos por la tarde, tocaba yo a Rosario y lo dirigía desde el altar ante todo el pueblo reunido. Mi madre se gozaba de ello, me comunicaba lo que podía servirme de aliento y me corregía los descuidos o desaciertos. Con gran delicadeza y la ternura de una madre cristiana, iba desvelando en nuestro interior los misterios de la fe y cultivando la contemplación sencilla de la presencia de Dios en las bellezas de la creación, de la presencia del Señor en la Eucaristía y en nuestra vida.»

No es extraño que, en este clima tan sencillo y profundo de fe y de piedad, germinaran cinco vocaciones sacerdotales y religiosas. Tres de los hijos se hicieron salesianos: Tomás, Pablo (recientemente fallecido) y Luis (misionero en Bolivia); y dos profesaron como benedictinos: Antonio, que en religión tomó el nombre de Maiol, y Francisco que se llamó Cipriano.

Contaba Tomás pocos años cuando cayó gravemente enfermo. Su madre oró por su curación haciendo a la Virgen de la Trobada (del Encuentro) promesa de visitarla en su santuario, muy conocido y venerado en la región. Tomás curó. Y lo atribuyó siempre a una gracia especial de María que ya desde pequeño guiaba su vida con especial providencia.

Dirigió sus primeros estudios un tío sacerdote, párroco en un pueblo vecino. Pero, al cumplir diez años, hubo de volver a casa para encargarse de cuidar el rebaño. Se distinguió entre los otros pastorcillos de su edad por la viveza y la capacidad de organización, gozando de prestigio e influencia. Pero aquello, como dice en su cuaderno de notas personales, no le llenaba. Sus padres lo advirtieron y lo enviaron a Barcelona para que continuara estudiando. Tenía allí otro tío, salesiano, que le encaminó a nuestro colegio de Gerona, entonces escuela agrícola, donde ingresó en octubre de 1915.

Allí se encontró con un gran salesiano, don Ambrosio Tirelli, que marcó su vida. El mismo don Tomás escribía: «Fue para mí un padre espiritual inapreciable, que el Señor y su Madre Santísima me depararon en el camino de la vida».

SU VIDA SALESIANA

En Gerona, además de recuperar el retraso que llevaba en los estudios, robusteció su piedad y, en contacto con aquellos salesianos, sintió la llamada del Señor.

Pasó a Campello (Alicante) para hacer el aspirantado. Era director don Alejandro Battaini, que le impresionó fuertemente por su fogosidad y su espíritu emprendedor. Permaneció allí tres años (1917-1920), en los que se fue fortaleciendo su vida espiritual, centrada, cada vez más, en el diálogo personal con Jesús y con María, «una Madre de excepción».

Hizo el noviciado en Carabanchel/Madrid, con don Antonio Castilla como padre Maestro y don Marcelino Olaechea como Director. De este último dejó escrito: «Fue el salesiano que más influyó en mi vida». Profesó el 25 de julio de 1921 y allí mismo

empezó los estudios de filosofía. Al curso siguiente lo encontramos en la casa de Sarriá/Barcelona, donde acaba la filosofía y empieza el tirocinio.

En este momento pierde a su padre, hombre sencillo del campo pero de fe profunda. Don Tomás recuerda sus últimas palabras: «Hijo mío, hasta el cielo. Sigue cumpliendo como bueno donde quiera que te halles.»

En mayo de 1925 hace los votos perpetuos y, en 1927, va otra vez a Campello para estudiar teología. Allí vive unos años muy intensos junto a don Esteban Giorgi, su director, «hombre de gran corazón y experiencia». Ya diácono, en mayo de 1931, debe abandonar Campello con los aspirantes, debido a la quema de conventos que tiene lugar en Alicante y alrededores.

Destinado a la casa del Tibidabo, en Barcelona, es ordenado sacerdote el 19 de julio de 1931. En 1933 vuelve a su querida casa de Sarriá, como consejero escolástico, hasta julio de 1936. Iniciada la guerra civil, se ofrece voluntario para quedarse con los jóvenes internos corriendo graves peligros; y, una vez a salvo todos ellos, marcha a su pueblo. En diciembre logra entrar en Francia y, desde allí se dirige a Pamplona.

Los años de guerra los pasa con los aspirantes de Astudillo (Palencia) y, en septiembre de 1939, vuelve a la Inspectoría, y es destinado como director a la casa de Sant Vicenç dels Horts (Barcelona).

SU SERVICIO COMO SUPERIOR

En este momento empieza un largo período de 28 años, durante el cual don Tomás ejerce, con dedicación y dinamismo, el servicio de superior. Son años que recuerda con gratitud y admiración, al ver cómo el Señor se sirvió de él para desarrollar la Congregación.

El año 1942 es nombrado director de la casa de Gerona, donde están los estudiantes de filosofía. En 1945, director de la casa de Barcelona, en la calle Rocafort. Allí reconstruye esa obra tan popular, destruida casi totalmente durante la guerra, y en cuatro años aumenta considerablemente el número de alumnos. Del año 1949 al 1953 es director del teologado nacional de Carabanchel Alto, en Madrid. En él estudian 160 hermanos de toda España. Don Tomás se dedica totalmente a ellos. Más tarde recordará estos años afirmando: «Creo que han sido los años más aprovechados de toda mi vida; los ideales de mi vida se habían concretado en realidades tangibles: 150 sacerdotes». También los hermanos guardaron de él un gran recuerdo, de tal forma que no pocos, al celebrar los veinticinco años de sacerdocio, venían a Barcelona para compartir con don Tomás ese aniversario.

De 1953 a 1958 es inspector de la Tarraconense. Son cinco años de expansión y fortalecimiento de la inspectoría, en los que, con su equipo, pone en marcha once fundaciones, sobre todo en barriadas y zonas de emigración. Él recuerda con gusto sus nombres: Ripoll, Reus, Badalona, Barcelona/Hogares Mundet, Barcelona/Meridiana (colegio), Tremp, Andorra, Lleida/Mangraners. En este tiempo también mantiene los primeros contactos para fundar las casas de Sabadell y Sant Boi de Llobregat.

En 1958 se divide la inspectoría, dando origen a las dos actuales de Barcelona y Valencia. Don Tomás es nombrado primer inspector de la de Valencia (1958-1964). Fue en ella un hombre providencial que imprimió un desarrollo vigoroso a la naciente

inspectoría. Trece fundaciones resumen el fruto de su trabajo y entusiasmo dinamizador: La Almunia de doña Godina, Cuenca, Andorra de Teruel, Cabezo de Torres, Valencia/Obra sindical San Vicente Ferrer, Ibi, Sueca, Elche/San Rafael, Sádaba, Godelleta, Albacete, Cartagena, Elche/San José Obrero.

En conjunto suman las veinticuatro fundaciones que recuerda amorosamente en sus últimos años: «María Auxiliadora fundó, en mis once años de inspector, veinticuatro obras, diez en el ámbito de la Inspectoría de Barcelona y catorce en la de Valencia. Todo lo hizo María Auxiliadora.»

Fueron unos años de enorme fecundidad apostólica, en los que don Tomás fue padre, maestro, testigo y animador del espíritu salesiano.

SUS ÚLTIMOS AÑOS

Al terminar el período de inspector, es destinado, como director, a su predilecta casa de Godelleta (Valencia), que en este momento era noviciado y filosofado. Allí siguió hasta 1967, en que tuvo que retirarse porque su salud ya no le acompañaba.

Entonces regresa a la Inspectoría de Barcelona y es destinado a los Hogares Mundet (Barcelona), como confesor, hasta que, cuando en 1982 los salesianos se ven obligados a dejar esta obra, viene a Martí-Codolar donde residirá hasta su muerte.

En estos veinte últimos años, don Tomás nos muestra toda su madurez humana y religiosa, su profundo amor a la Congregación, con un entusiasmado interés por el proceso de renovación que se está llevando a cabo. Destaca, sobre todo, su serenidad y alegría: mira su vida y ve lo que Dios ha hecho por medio de él; y se confirma en la certeza de que su persona, la Inspectoría y la Congregación están en manos de Dios y bajo la protección de María.

Continúa prestando sus servicios de confesor a los jóvenes y, sobre todo, a los hermanos, que aprecian su riqueza espiritual. Son años de plenitud. Desde su retiro, don Tomás es una palabra viva, un punto de referencia continuo, un padre, hermano y amigo que en estos años de crisis y de profundos cambios, con su sencillez y su esperanza, anima, orienta y da seguridad.

RASGOS DE SU PERSONALIDAD: SU HUMANIDAD

Don Tomás fue profundamente humano.

Amaba a su familia y a su tierra. Recordaba siempre con gran cariño a sus padres, sobre todo a su madre, y mantuvo con sus hermanos una relación entrañable. Cuando el pasado verano asistía a su hermano Pablo moribundo, pudimos ser testigos de un hecho conmovedor. Don Tomás le fue dando delicadamente un beso para cada uno de los miembros de la familia difuntos: «Este beso para papá, éste para mamá, éste para Juanito...».

Hablaba con admiración y un cierto orgullo de los veinticuatro sacerdotes, seis religiosos y diez religiosas que había en su familia, algunos de una gran talla humana y cristiana.

Como buen montañés tenaz y un tanto cuco, sabía lograr lo que se proponía, superando obstáculos y resistencias; insistía tal vez pero no avasallaba. Sus ocurren-

cias de campesino sensato, sus sonoras carcajadas de hombre que respiraba paz invitaban a la sonrisa y franqueaban los corazones.

Poseía una gran bondad. Quien entraba en contacto con él tenía enseguida la impresión de que era amado. Fue un auténtico padre, sobre todo en sus veintiocho años de servicio de autoridad. Sabía conjugar admirablemente la comprensión y la escucha, con la exigencia y la disciplina.

Destacaban su alegría y optimismo; nunca se arredraba ni se dejaba hundir por las dificultades; sabía luchar y tomarse las cosas con humor; se reía de sus propios despistes; captaba siempre lo positivo; tenía el don de quitar importancia a los hechos o situaciones vidriosos y de transmitir serenidad. Una alegría fuerte, recia, capaz de estimular y contagiar ilusión.

Él mismo, recordando su labor como director entre los estudiantes de teología de Carabanchel, escribía: «El principal estímulo para estos jóvenes de buena voluntad es la auténtica alegría, el mutuo aprecio, la piedad, el aliento apostólico, el sentirse cada vez más cerca de su ideal... Hoy el mundo tiende, en muchas partes, a todo lo contrario, acaramelándoles la vida en exceso para conquistarlos a su favor».

Eran famosos sus despistes, algunos reales y otros atribuidos, como él mismo comentaba socarrón. Confundió nombres o fechas... pero en lo importante nunca se equivocó: podía olvidar un nombre, pero siempre quiso a la persona; quizá se le escapara la hora del encuentro comunitario, pero supo encontrar siempre tiempo para rezar y hablar con los hermanos.

SU VIDA DE FE

Don Tomás está convencido de que es objeto de un amor de predilección por parte de Dios y de María Auxiliadora. Lo aprendió, en primer lugar, de su madre, que vio su curación, a los tres años, como efecto de una intervención de María. Recuerda sus palabras cuando, acompañándole a Gerona, se detienen ante el Santuario de la Virgen de la Trobada: «Cuando tú tenías tres años, tuviste una enfermedad muy grave y estuviste a punto de morir; yo te encomendé a la Santísima Virgen y le prometí que, si curabas, vendrías aquí a visitarla conmigo... Entremos, pues, juntitos a cumplir la promesa y a pedirle que nos siga protegiendo toda nuestra vida».

También influyeron en su personalidad los grandes salesianos que encontró en su camino y que fueron modelando su existencia con una espiritualidad centrada en la relación personal con Jesús y con María. Para él eran presencias cercanas que envolvían su vida. Leemos en sus memorias: «La noche entre el jueves y viernes santo (1931), haciendo la vela eucarística ante el Monumento con un grupito de adoradores, sin que se me apareciera ninguna imagen o figura, sin que se oyera ninguna voz, sin percibir nada con la imaginación o el sentido, experimenté, en el fondo de mi alma y de mi ser, como un óleo sagrado y suave que se derramaba sobre mi espíritu, la absoluta certeza de que el Señor me comunicaba: "Cuenta conmigo, Tomás" y que yo, sin palabras, con la profunda actitud de un espíritu renovado, le participaba dentro de mí mismo: "Y tú, Señor, cuenta conmigo también." Es un recuerdo íntimo que señala la raíz de su espiritualidad.»

Siempre experimentó la realidad de esta presencia y ayuda del Señor, sobre todo en los difíciles años de la postguerra, en los que supo animar y suscitar un admirable desarrollo de la vida y obra salesianas.

La convicción de que su vida estaba guiada por María y que el Señor se servía de él para multiplicar el bien entre los jóvenes se fue haciendo en él más clara y firme con el paso de los años. He aquí cómo lo expresa al presentar sus memorias: «Nuestra vida está más que suficientemente matizada en sus aspectos superficiales y transitorios. En cambio, la trascendencia, el más allá de las cosas que se ocultan tras el vértigo de las acciones y la vida, con sus portentos y novedades, queda bastante eclipsada. Con frecuencia, la razón eclipsa la fe, el éxito ofusca la moral, el egoísmo el amor y el hombre a Dios. En la urdimbre interna de la historia personal de cada uno hay un hilo de oro que va zurciendo cuanto existe de valor trascendente en lo más íntimo de nuestro ser, querer y obrar, para edificarnos a imagen y semejanza de Cristo, quien en su encarnación, su vida y su doctrina, su muerte, resurrección y glorificación, instituye la más portentosa manifestación del amor de Dios a los hombres... Estos episodios de mi vida sólo pretenden mostrar fielmente, en lo posible, la singular delicadeza y maestría con que la Santísima Virgen ha trenzado los hilos de oro de mi vida para cooperar con Cristo en la salvación de la juventud menesterosa, dentro del carisma salesiano.»

Esta fe se fue alimentando con una sencilla, pero profunda piedad que le llevaba a vivir su vida y actividad en la presencia de Dios. Haciendo el recuento de sus fundaciones, escribe unas frases significativas: «O sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca». «En el fondo de mi ser, sólo encuentro mi vida. En el centro de mi vida, sólo encuentro a Dios. Te Deum Laudamus».

Por eso la finalidad constante de su trabajo es llevar a Jesús a los jóvenes y a los pobres; hacerlo accesible a todos.

No es extraño, pues, que don Tomás fuera para muchos hermanos un verdadero maestro de espíritu. No era un hombre de muchas teorías, pero sí de ideas claras y recias, de una gran experiencia de fe que comunicaba a través de sencillas comparaciones. Era muy apreciado por los hermanos como confesor y, desde este ministerio, alimentaba y ayudaba a crecer la ilusión y el entusiasmo salesiano.

SU ROBUSTA SALESIANIDAD

Otro aspecto importante de su vida fue el amor a María Auxiliadora, a Don Bosco y a la Congregación. Trabajó incansable, dando vida a una multitud de iniciativas, obras y proyectos; se preocupó por la calidad pastoral de la misión; cuidó con atención privilegiada la espiritualidad de los hermanos.

Gran parte de su vida la pasó en casas de formación. Él lo recordaba con cariño y con cierta añoranza, sobre todo, sus seis años de director del Teologado. Los hermanos, a su vez, guardaban de él una memoria llena de afecto y veneración, pues les marcó hondamente en su vida salesiana.

Ya retirado, no se queda al margen de la vida de la Congregación; lee, se interesa, está al corriente de todos los documentos de los Capítulos y de los Superiores. Invitado por el padre Inspector a tomar parte en el Capítulo Inspectorial especial del año

1969, escribe: «¡Qué importantes van a ser estos dos años para el porvenir de la Congregación! He ofrecido mi vida al Señor por el mejor porvenir de la Congregación. ¡Que María Auxiliadora la siga protegiendo como hasta ahora!»

Al publicarse las «Memorias Biográficas» de Don Bosco en castellano, dedica gran parte de su tiempo a leerlas, tomando abundantes notas. Gozaba en esta lectura y la recomendaba a cuantos le visitaban.

La Congregación y sus obras eran también una de las intenciones constantes de su oración; rezaba cada día el Rosario por su presente y su futuro.

Se distinguió, sobre todo, por su amor y devoción a María Auxiliadora. «María Santísima Auxiliadora ha sido para mí, en todo momento, a través del azaroso camino de la vida, la revelación del Amor infinito del Padre en Cristo por el Espíritu».

Esta devoción la aprendió en su familia y, sobre todo, de su madre: «La devoción mariana que me infundió mi madre y la devoción eucarística que mi tío Luis (sacerdote) grabó en mi corazón, dieron sentido definitivo a mi vida y a mi espiritualidad».

Vivió intensamente la presencia de María y su auxilio en todas las empresas; las sintió como guía en la apertura de nuevas obras y como ayuda en los momentos más delicados. Animado por la experiencia de la acción de María, fue un propagador entusiasta de su devoción. ¡Cuántas medallas de María Auxiliadora no habrá repartido y hasta sembrado en las nuevas casas, para que ella preparara el terreno y lo hiciera fecundo!

Cuando algún hermano le contaba lo que se decía de él —que durante sus años de Inspector, hacía los cambios tirando al aire una medalla de María Auxiliadora— sonreía y decía: «Bueno, bueno, el caso era que todo el mundo estuviera contento y las cosas se hicieran...»

Hablaba continuamente de la Virgen y no dejaba pasar ninguna fiesta suya sin ofrecerle algún pequeño signo de amor. Ante María, don Tomás siempre se mantuvo niño: «Déjate llevar; tienes siempre contigo a la madre que te conduce de la mano, que te estrecha contra su corazón inmaculado».

CONCLUSIÓN

Con don Tomás ha desaparecido un gran salesiano formado en la escuela viva de Don Bosco, que ha sabido encarnar su espíritu en estos tiempos nuevos, sobre todo la bondad, la cercanía a los jóvenes, el sentido de la presencia de Dios y de María.

Un salesiano que mira con confianza el futuro y acoge con alegría y optimismo a las nuevas generaciones, respetando su originalidad y aportándoles la riqueza de su dilatada experiencia.

Un salesiano siempre en camino y en tensión de crecimiento espiritual; primero, en una acción continua, abundante y fecunda; y, después, cuando por su poca salud tuvo que retirarse, con una inquietud por leer, reflexionar y participar en todo lo que podía. En las libretas de apuntes de estos años de retiro se mezclan resúmenes de sus lecturas, reflexiones personales, propósitos y recomendaciones que se hacía a sí mismo; la última lleva la fecha del 24 de enero de 1987, el mismo día que tuvo que ser hospitalizado y empezó su agonía: «Orar, sufrir, reparar...»

En estos años en los que hemos recibido el don de las nuevas Constituciones, fruto del esfuerzo de la Congregación por traducir con fidelidad y creatividad el carisma de Don Bosco a las nuevas exigencias y necesidades de los jóvenes y ambientes populares, vemos a don Tomás como un regalo del Señor que, con su vida, nos muestra la fecundidad y el dinamismo flexible de la vocación salesiana.

Mientras pedimos por él, tan consciente de sus límites y de su pobreza, pidamos también por nuestra Inspectoría: que el Señor y María Auxiliadora susciten en nuestras comunidades hermanos con la profundidad y el dinamismo de don Tomás, que sepan crear el ambiente educativo y pastoral que necesitan nuestros jóvenes, en el que florezcan abundantes las vocaciones para la Iglesia y la Familia Salesiana.

Concluyo con el ruego que nuestro querido don Tomás pone al final de sus memorias: «Pido a todos aquellos que, de alguna manera me han conocido, que, al enterarse de mi fallecimiento, rueguen por mí al Señor y a la Madre Auxiliadora de todos los cristianos, para que podamos un día encontrarnos juntos en el seno eterno del Padre común. Así sea.»

Os agradeceré que añadáis a esa oración una intención por esta Inspectoría y sus vocaciones.

Vuestro afectísimo en Don Bosco.

CARLOS MARÍA ZAMORA
Inspector

DATOS PERSONALES

Tomás Baraut Obiols

Nació en Vilar de Cabó (Lérida), el 19 de diciembre de 1902.

Primera Profesión en Carabanchel Alto (Madrid), el 25 de julio de 1921

Ordenación sacerdotal en Barcelona, el 19 de julio de 1931.

Fue inspector durante once años.

Murió en Barcelona/Martí-Codolar, el 29 de enero de 1987.